

EDITORIAL

¿De qué manera afectan las perspectivas del nuevo milenio a la educación? ¿Puede ésta continuar con los mismos enfoques que ha usado hasta ahora para enfrentar el proceso de enseñanza y de aprendizaje? ¿Existe conciencia en los educadores de lo que, cada uno, debe necesariamente cambiar en sus percepciones pedagógicas para cumplir las metas de la educación?

El nuevo milenio nos plantea grandes desafíos. Algunos de ellos guardan relación con la necesidad de cambiar nuestra visión en cuanto a cómo entender y organizar el proceso de enseñanza y de aprendizaje.

Por lo que se puede detectar hasta el momento, algunas características del presente son diametralmente opuestas a las del ayer. Hoy se habla, entre otras concepciones, de diversidad y heterogeneidad, falibilidad e incertidumbre, cambio e inestabilidad, conceptos estimados como básicos para enfrentar la realidad y los fenómenos que la configuran. La educación, como proceso social que participa -entre otras cosas- en la comprensión y creación de significados sobre esa realidad, debe considerar estas características para cumplir con su tarea.

1. Hasta hace unos pocos años se hablaba de los niños y jóvenes (sujetos de la educación) como si no hubiese diferencias entre ellos. Se planificaban y aplicaban programas para los grupos mayoritarios los cuales, se suponía, reflejaban la *normalidad* curricular. Los que diferían, de una manera muy evidente, eran considerados como casos especiales. Con la revolución de las comunicaciones, que ha permitido mostrar lo que está sucediendo en cualquier lugar de nuestro país y del mundo al momento que se producen los hechos y situaciones, se ha logrado tener vivencias significativas en cuanto a las diferencias que existen entre las personas, comunidades, culturas, sociedades y se afirma, cada vez más, la idea de *diversidad* y *heterogeneidad* en oposición a la de igualdad y homogeneidad que regía la organización pedagógica. La

diversidad ha pasado a ser la característica normal de nuestro tiempo. Esto es, la *normalidad* es la diversidad: personas, comunidades, sociedades, culturas, son diferentes y la educación debe tener conciencia de ello, no sólo para reconocerlo sino también para tomar decisiones pedagógicas al respecto. La aceptación de la condición de *diversidad* y *heterogeneidad* y el actuar en consecuencia es uno de los grandes desafíos que plantea el nuevo milenio a la educación, puesto que si bien se ha reconocido históricamente esta característica no siempre y no todos la han asumido como *principio organizador* de la acción pedagógica.

2. Otra característica significativa del nuevo milenio está referida al método científico. Este, como conjunto de estrategias fundamentales en la búsqueda de la verdad -condición básica para entender la realidad en que se está inmerso- ha experimentado cambios radicales en el proceso de expresar sus hallazgos en cuanto a ella, situación que se ha venido advirtiendo desde el siglo pasado y que el nuevo ha afianzado. La idea de certeza y precisión que, en un primer momento, acompañaba la verificación de los hallazgos y la lectura de los resultados ha cambiado por expresiones de cautela e incluso de incertidumbre, dado el reconocimiento de la *falibilidad* del método, lo que conlleva la aceptación de la existencia del error. Tal que, lo accedido no refleja la verdad propiamente, sino aproximaciones en cuanto a ella. Esto, junto con el acelerado ritmo de la obsolescencia de conocimientos, desplazados por otros nuevos y numerosos, hace que la "verdad" se visualice como temporal y transitoria. Si en el campo de la ciencia se reconoce el error y las limitaciones en la consecución de los objetivos y se actúa en consecuencia ¿por qué no hacer lo mismo en pedagogía donde en algunos casos los errores de aprendizaje llegan a constituirse en factor de estigmatización de los estudiantes que los cometen?
3. Las situaciones anteriormente descritas y otras que aquí no se mencionan, conforman un sistema de vida algo impredecible, cambiante, que exigen del ser humano una gran flexibilidad para adecuarse a las condiciones de vida, tanto en lo personal como en lo social. De un sistema de vida basado en la *regularidad*, en lo predecible, incluso en lo rutinario, se ha pasado a una forma de vida caracterizada por el *cambio*, produciéndose numerosas situaciones disruptoras de la concepción de la realidad, entre otras: cambios en las percepciones frente a la vida y en las explicaciones sobre esta; teorías que emergen sobre nuevos fundamentos; cambios en las relaciones entre las personas; formas distintas de interacción sujeto - conocimiento; cambios en los valores fundantes del actuar personal: de un enfoque de vida basado en la importancia del *ser*, a otra perspectiva basada en el *tener*.

Lo anterior conlleva a la configuración de escenarios cambiantes de vida, a veces impredecibles y contradictorios, lo que significa un tremendo desafío para el mundo actual el que mira a la educación como sistema social que debe asumir un rol significativo en este proceso de orientación vital. Consecuentemente, se configuran nuevos y múltiples escenarios pedagógicos que implican y proponen desafíos complejos, que requieren soluciones creativas y diversas. En síntesis, los escenarios pedagógicos cambian:

- desde una concepción de *regularidad y permanencia* a otra de *transformación y renovación*.
- desde la *homogeneidad* a la *heterogeneidad*. La diversidad se constituye en el común denominador de la acción pedagógica.
- desde estrategias *reproductoras* del conocimiento, comunes a todos los aprendientes, a otras que favorecen la construcción de este por cada uno de los participantes del proceso de aprendizaje.
- desde una postura pedagógica que descalifica el *error* como instrumento de aprendizaje, a otra que asigna a este una función básica en el proceso de formación de los estudiantes.

Los nuevos escenarios pedagógicos requieren ser abordados desde una pedagogía que integre el *ejercicio profesional* con la *teoría educativa*. Tal integración comienza con el desarrollo de una *práctica reflexiva*, un detenerse frente a las acciones realizadas para pensar y observar los efectos del actuar docente sobre los estudiantes y, del actuar del estudiante sobre sí mismo. Continúa con el rescate de la posibilidad de *sistematizar las experiencias*: hacer el recuento de lo positivo y lo negativo, comprender el significado de aquellas y otorgarles un sentido en el contexto total del proceso de enseñanza y de aprendizaje, buscar una articulación lógica a la información obtenida, identificar causas y efectos de las acciones.

Hay que reconocer, además, que tal sistematización implica producción de *saber pedagógico*. La práctica o quehacer profesional es fuente para crear conocimiento. La información recabada se elabora y se transforma en nuevos conocimientos confrontados y/o avalados por principios y teorías vigentes.

En los problemas curriculares específicos, los cambios que se estiman necesarios sólo pueden realizarse a través de una *didáctica de la indagación*, la cual atribuye al educador un rol preponderante en la elaboración del currículo pertinente y cuya estrategia fundamental es el *inquirir*.

Este concepto conlleva la idea de autonomía del educador en la búsqueda de las soluciones a los problemas que convergen en la acción pedagógica.

ca y un rechazo rotundo a la estimación de este como un técnico, cuyo rol es aplicar lo que otros especialistas han propuesto para determinadas situaciones. Los nuevos escenarios pedagógicos reclaman la presencia y el actuar de profesionales de la educación formados de una manera integral y poseedores de un código de ética fundado en el compromiso con la profesión, el bien común y la coherencia personal.